

Un viaje.

La torre de La Esperanza era el final de un viaje. Salían en su búsqueda aquellos que se habían perdido en la vida; los que sentían que vagaban por la inmensidad sin rumbo, sin sueños. Los que habían olvidado quiénes eran y cuál era su lugar en el mundo. Los que habían abandonado sus sueños para cumplir los de otros.

Un símbolo.

La torre, decían, era un lugar para reencontrarse. Un lugar para curar el alma. Un peregrinaje a mi yo interior, que empezaba en el momento en el que me separaba de la tierra firme para embarcarme en un viaje mar adentro. Se tenía que navegar durante días hasta perder todo contacto visual con la tierra y con lo conocido. Hasta estar solo en la nada. Y era así como de entre las nubes se aparecía La Esperanza, como un espejismo, una promesa de otra oportunidad. La torre en sí era símbolo, una metáfora en sí misma. Que se aparecía al náufrago de la vida.

Un sueño.

Y como en un espejismo, la percepción nos engaña, y al mirarla de frente uno juraría estar levitando, cruzando el cielo con su barca, volando por encima o por debajo de las nubes dispuesto a atravesarla por su centro. Un círculo, puerta al horizonte. Un sueño.



Puerta al cielo.

Al aproximarnos nos damos cuenta de que, como en la vida, no todo es lo que parece. Unos grandes arcos espejados sujetan la estructura. Una gran bóveda nos da la bienvenida, como un gran vestibulo que acoge al peregrino desde todas las direcciones. De su centro cuelga una cuerda, sin llegar a tocar el agua. Una delgada línea que ata los dos mundos y a la que nos agarramos, dejando atrás nuestra barca para trepar al cielo. Como todo peregrinaje, no es fácil llegar a la meta, pero la recompensa vale el esfuerzo.

Ascenso.

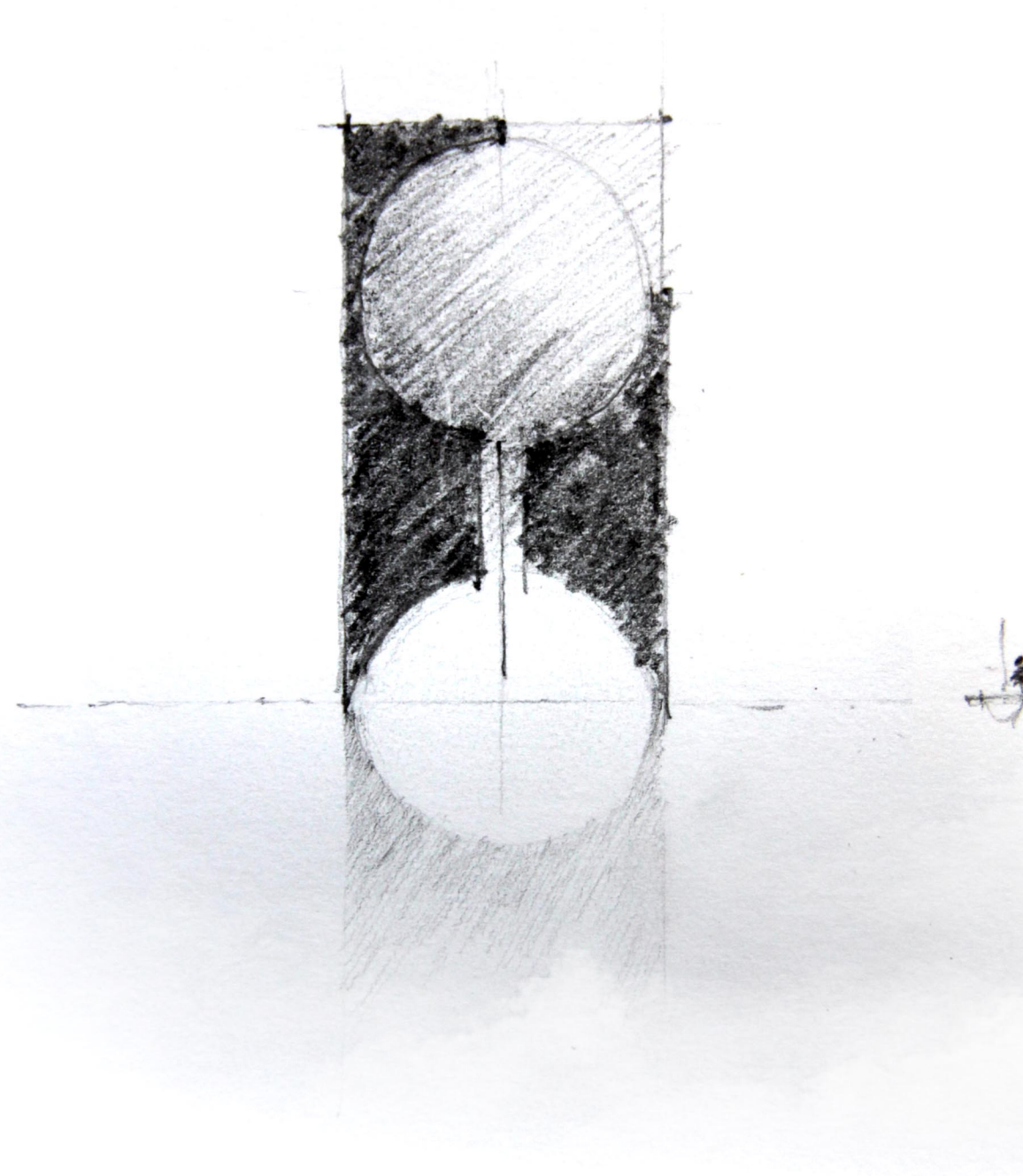
A medida que ascendemos, sentimos que dejamos atrás todo lo que nos atormenta. Pasamos por una transición, que nos cuesta sudor y entrega. Pero poco a poco nos acercamos a la luz, hasta que conquistamos el cielo. Se siente paz. Se escucha silencio.

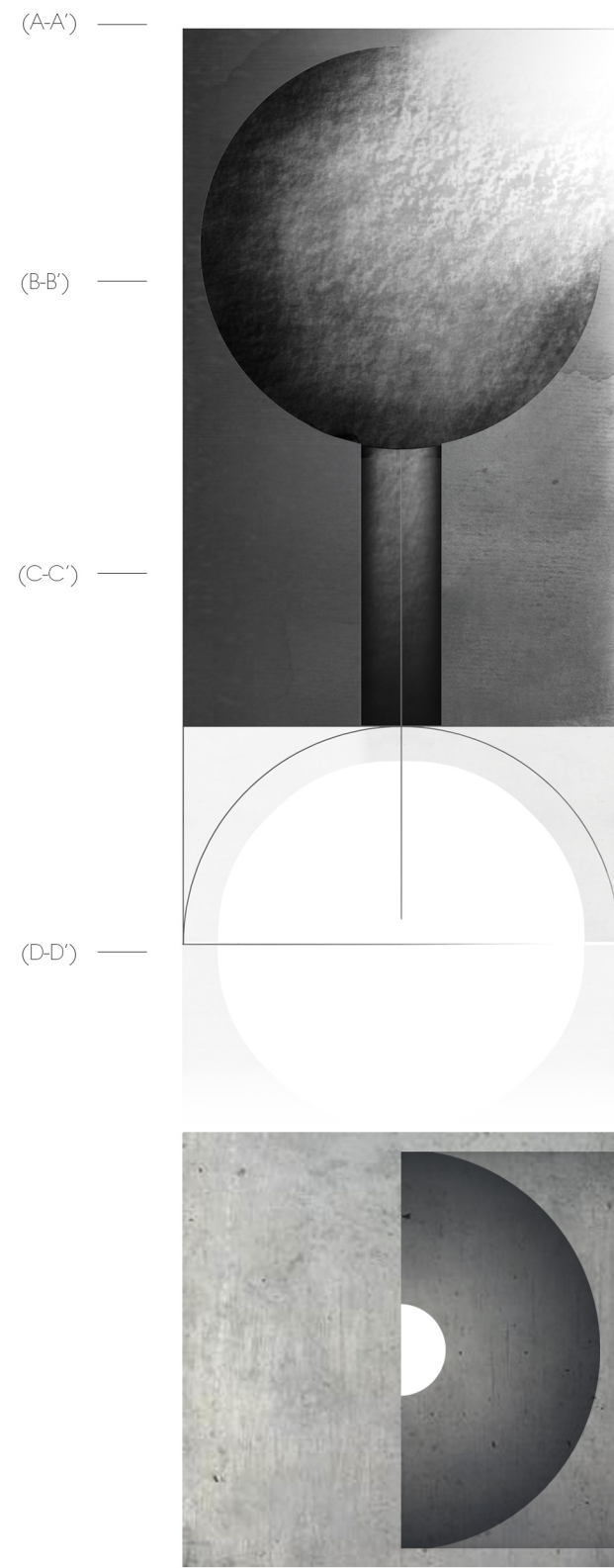
Reencuentro.

La bóveda celeste se abre ante nosotros. Estamos solos ante la inmensidad, y la observamos hasta perder la noción del tiempo. Es más que un lugar de meditación, es un logro; la cima para el montañero, la meca para el peregrino. Mirar al óculo es casi como mirar al abismo. Y cuando estamos allí arriba, un poco más cerca del cielo, pensamos en el camino que hemos recorrido para llegar hasta aquí, lo que somos capaces de conseguir, lo que nos inspira, lo que nos mueve, lo que queremos ser, a dónde queremos ir. Dejamos de estar perdidos.

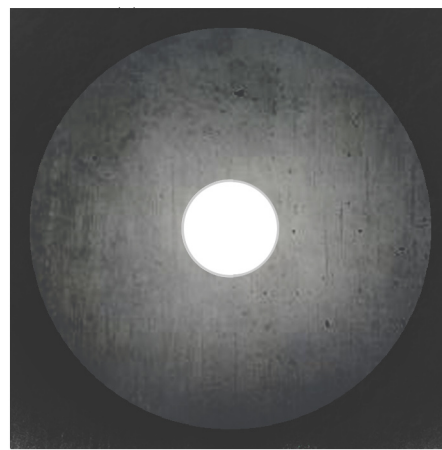
Renacer.

Aquel lugar era nuestro rincón en el mundo; lo habíamos conquistado, era nuestro para siempre. Como lo sería la memoria de esta experiencia. Y cuando descendemos, el hombre que baja no es el mismo que el que subió.

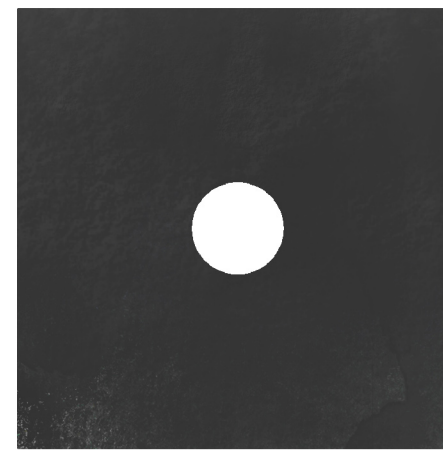




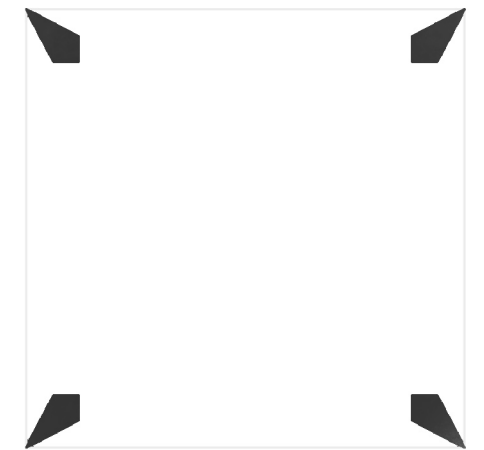
A-A'



B-B'



C-C'



D-D'

'ESPERANZA'

CEU Cardinal Herrera ● ● ●